

Se trata del tan mentado “cambio estructural”: aquellas modificaciones en la estructura productiva que deriven en más innovación y más eslabonamientos entre actividades y sectores. Dicho de otra forma, ese arduo camino que lleve de un crecimiento siempre acechado por vientos externos a un desarrollo con mayores niveles de solidez, más sustentable por sí mismo.

Pero claro, como suele ocurrir en estas coyunturas para Argentina, se acumulan más dilemas, más cambios que atravesar. No por nada, en términos económicos, se trata del país más volátil de la región, seguramente uno de los más volátiles del mundo. Sin temor a equivocarse, cuando la región experimenta crecimiento económico, seguramente Argentina muestre un crecimiento más exacerbado, situación que se replica cuando viene alguna caída, que en el caso de nuestro país bien puede convertirse en una crisis.

Así, en un país con sectores empresarios y sindicatos *lo suficientemente fuertes como para pujar por parte del excedente pero no para definir por sí el rumbo económico y social o para influir de manera determinante en el terreno electoral*, asoman las disputas por otras transiciones: las que se relacionan

¿Los actores políticos, económicos y sociales optarán por ir a lo seguro, llegando a acuerdos, logrando consolidar parte de lo que han obtenido, o entrarán en juegos de suma cero, a todo o nada?

con cómo y qué se produce, con qué niveles salariales, con qué mecanismos de distribución del ingreso.

¿Se avecina entonces algún *gran cambio* en este y otros aspectos? ¿O veremos reformas y giros *graduales*, más bien *acumulativos*? ¿Los actores políticos, económicos y sociales optarán por ir a lo seguro, llegando a acuerdos, logrando consolidar parte de lo que han obtenido, o entrarán en juegos de suma cero, a todo o nada?

Un posible escenario de cambios bruscos no parece descabellado si la sociedad le abre la puerta a una alternativa de ese tipo. Hay ejemplos históricos que así lo marcan. A mediados de la década del 70, en un escenario político conflictivo, violento, se impuso —a fuerza de represión— la clausura del período de sustitución de importaciones que había dado sus frutos en términos de crecimiento e integración social. Como aquel “modelo” tenía efectivamente problemas, algunos sectores aprovecharon para tirarlo por la ventana sosteniendo que estaba por completo “agotado”. Irrumpió la desindustrialización para intentar poner fin a “limitaciones” del período anterior, aunque también dejar de lado las virtudes, en una secuencia que no fue para nada inocente.

En este contexto, otra transición tiene que ver con la actual decisión



de distintos sectores empresarios de mostrarse con renuencia a cumplir con la función social que les es propia: invertir. Como en cada coyuntura que aparece esta dinámica, habrá que preguntarse entonces cuáles son las condiciones que buscarán los hombres de negocios para ampliar la capacidad productiva del país. Es decir, si con estos márgenes de ganancia, con estos niveles salariales, con estos niveles de empleo, con estos niveles de impuestos, no invierten, sería bueno preguntarse con cuáles estarían dispuestos a hacerlo. O, mejor dicho, accediendo a qué beneficios.

En todo el período democrático iniciado en 1983, los grandes empresarios tuvieron dos momentos de “entusiasmo” para invertir, o más bien para repatriar algunos de los capitales que guardan en el exterior o fuera del sistema formal. Uno se registró cuando salieron a la venta a precios de remate las empresas del Estado, al inicio del gobierno de Carlos Menem. El segundo fue luego de la maxidevaluación implementada durante el gobierno de Eduardo Duhalde. ¿Se impulsará ahora una transición hacia una nueva etapa con cambios bruscos en ese sentido?

Se podrían agregar algunas transiciones más. En todo lo que va del período kirchnerista, el Estado retomó protagonismo, capacidad de regulación de ciertos mercados, mayor cobertura –la seguridad social es un ejemplo claro– y presencia. Esa dinámica se aceleró en los últimos años con el cambio en la Carta Orgánica del Banco Central y la nacionalización de la mayor empresa del país, YPF. ¿Esto implicará en los próximos años que esta situación se mantendrá y se ampliará o se avanzará en cambios, reversiones?

Aquí aparece (nuevamente) la necesidad de pensar en la dirigencia política. Pero también en la sociedad, en un baile que necesariamente se baila de a dos. En las próximas elecciones, los candidatos, cada uno a su modo, planteará algún grado de cambio y otro de continuidad. Podríamos ubicar ahora a cada uno de los postulantes en una línea que ubique a algunos más cercanos a una *continuidad casi total* de las políticas de los últimos años y otros en torno a la idea de un *cambio de 180 grados*. En el medio habrá necesariamente matices. La sociedad –las mayorías sociales– necesariamente así lo marcan. Y de ahí la dificultad del espectro opositor para determinar cuánto de “cambio” están efectivamente en condiciones de plantear al electorado, más allá de los gestos y mohines que suelen mostrarse en los sets de televisión cuando se habla de la idea de un “ciclo agotado”. ¿Cuánto de cambio? ¿Cambio en qué? Se habla de cambio en “formas”, se plantean escenarios de “consensos” con sectores de lo más



disímiles –desde trabajadores sindicalizados hasta grandes terratenientes; desde grandes bancos hasta acreedores internacionales–, pero ¿qué cambios de fondo, qué cambios en cada una de las políticas públicas expone la oposición? Parte de este debate –bueno es decirlo– también atraviesa a un oficialismo que se muestra algo más homogéneo, pero en el que corren por lo bajo suspicacias y diferencias sobre qué intensidad podrían tener las reformas que, necesariamente, un nuevo período de gobierno a partir de 2015 requerirá. Después de todo, esto es Sudamérica, una región que parece estar lejos de un punto en el que las demandas ciudadanas se aquieten o no se renueven.

Un concepto interesante para hacer foco y tratar de pensar este conjunto de transiciones tiene que ver con la noción de liderazgo presidencial, sobre el que ha trabajado en los últimos años, entre otros, la politóloga María Matilde Ollier. La política –la democracia– en Sudamérica no tiene las mismas características que en otras latitudes. Se trata de democracias presidencialistas, pero donde los niveles de *institucionalización* que pueden verse en los países desarrollados son menores. Priman otro tipo de acuerdos y arreglos, las normas escritas no son lo que marcan el paso de la política sino otro tipo de relaciones más “informales”, si se quiere. Democracias Presidenciales de Baja Institucionalización, les llama Ollier. Aquí, los sistemas políticos encuentran en cierto tipo de liderazgos presidenciales exitosos –la interpretación es mía– una especie de “ancla” contra la notoria tendencia a la inestabilidad presidencial que se registró sobre todo en las décadas del 80 y 90 (la suerte corrida por Fernando Collor de Mello, Abdalá Bucaram, Gonzalo Sánchez de Losada o Fernando de la Rúa estuvieron lejos de ser casos aislados). Aparecen así presidentes que concentran prerrogativas y recursos de poder. Ejercen el liderazgo de cierta forma que vuelve más sólida y mejora su posición político-institucional en todo el sistema. Logran no sólo contar con mejores maneras de llevar adelante políticas públicas y comunicarse con la sociedad sino también vínculos que les permiten apalancar su poder en otros que también lo tienen y que no sólo son los partidos políticos: gobernadores, sindicalistas, líderes sociales. Ejercer un liderazgo, de más está decirlo, no es imponer sino lograr que un conjunto de actores se conduzcan de una forma que coincida con los objetivos de quien lidera.

Pensar la centralidad del liderazgo presidencial en Sudamérica, y por lo tanto también en Argentina –no vista como una “anomalía” sino como



una realidad inherente a determinado contexto sociopolítico—, ayuda también a imaginar, a su vez, cómo se moverá el resto de los actores. ¿Necesariamente el próximo presidente buscará ser *fuerte*, contar con *autonomía* para acumular recursos de poder que le permitan avanzar con su programa desde una posición más sólida? ¿U optará por un estilo de liderazgo más *light* en el que de por sí *la política* limite su rango de acción, opte más bien por *gerenciar* lo político, *lotee* áreas de influencia a sectores empresarios, corporativos o incluso de la propia dirigencia política? ¿En qué medida una estrategia de menor protagonismo, que *deje hacer* a otros actores sociales con poder le deparará al presidente una situación más estable? Dicho de otro modo: imaginemos un presidente que en pos de un cierto consenso y para evitar la consiguiente crispación opte por no liderar su propia fuerza política, permita que jefes territoriales locales diseñen listas legislativas a su gusto, deba negociar con múltiples actores de su partido la aprobación de determinadas leyes en el Congreso, diseñe su gabinete más en función de contentar a determinados grupos de poder económico o político que de enfocar mejor sus políticas, encare su política exterior pensando más en los objetivos de otros países que en el interés nacional... Así podríamos seguir e imaginar múltiples combinaciones, más o menos “concentradoras de poder” por parte del próximo presidente a la hora de ejercer (o no) su liderazgo.

La forma en la que se vayan desplegando cada una de estas transiciones comenzará a delinear el futuro político a partir del año próximo en el país. Pero no todo es futuro y el grado de efectividad que pueda mostrar el liderazgo de Cristina Kirchner en la última etapa de su gestión será seguramente un elemento de gran influencia sobre los años por venir. En parte, es esa tarea la que comenzarán a delinear las proporciones de cambio y continuidad que propongan los candidatos y que impulse o acepte la ciudadanía. ●

¿Necesariamente el próximo presidente buscará ser fuerte, contar con autonomía para acumular recursos de poder que le permitan avanzar con su programa desde una posición más sólida? ¿U optará por un estilo de liderazgo más light en el que de por sí la política limite su rango de acción, opte más bien por gerenciar lo político, lotee áreas de influencia a sectores empresarios, corporativos o incluso de la propia dirigencia política?



ARGENTINA

El mal de la banalidad

por **Ariel Colombo**

El autor analiza el significado del kirchnerismo y sus posibilidades futuras, en el marco de la cultura política argentina y del sistema político existente. Las tendencias profundas en la conformación de la subjetividad popular y los problemas de la derecha y la izquierda para comprenderla son historizados para discutir las posibilidades futuras del movimiento kirchnerista.

Desde el surgimiento del kirchnerismo, el campo político argentino parece dividido entre dos alternativas. Por un lado, los gobiernos kirchneristas han implementado un conjunto de decisiones políticas que configuran una agenda programática basada en la redistribución equitativa del ingreso, la ampliación de derechos ciudadanos, la politización de la sociedad civil, la reindustrialización de la economía y el multilateralismo como estrategia de política exterior.

Por el otro lado, las distintas expresiones partidarias de la oposición ponen recurrentemente en evidencia el alineamiento con los componentes de un programa político vinculado al neoliberalismo en materia económica y al neoconservadurismo en el campo político y cultural. En este sentido, no resulta difícil prever que el triunfo de alguno de los liderazgos de oposición podría significar el retroceso de las tendencias señaladas en el párrafo precedente: apertura de importaciones, endeudamiento externo, desregulación de los mercados, freno a la política de derechos humanos.

Estas fracciones pueden ganar las elecciones si convergen en un partido conservador de masas, reclamado históricamente por el *establishment* académico para la estabilidad del sistema político, es decir, para un proceso de cartelización partidaria donde se produce alternancia de partidos en el poder pero sin alternativas en materia de agenda programática. En la década de los 90 esta cartelización era denominada como “partido único del ajuste o de la transnacionalización”. En consecuencia, la continuidad del kirchnerismo en el gobierno depende de la fragmentación del frente neoliberal y de su capacidad para explotar el problema histórico de la derecha argentina: la

pretensión de imponer su dominio sin hegemonía, eludiendo la conciliación de sus intereses particulares con los intereses generales.

Durante la primera mitad del siglo XX, el mitrismo, el roquismo y el justismo no buscaron el voto de la clase media naciente, sino que practicaron su exclusión, tanto legal como fraudulentamente. El mitrismo no salió de sus enclaves portuarios, y el roquismo, basado en caudillos del interior y en marginales del centro, podía ganar sobre la base de la intimidación. El justismo contó con la represión, el fraude patriótico y la complicidad del sector antipersonalista de la UCR.

En ese contexto, el radicalismo se constituyó, bajo el liderazgo de Yrigoyen, en una fuerza insurreccional, pero durante la década de los 30 fue enfeudado al orden conservador, para finalmente volverse la expresión partidaria del antiperonismo. Durante la transición democrática, el alfonsinismo tuvo la capacidad para transformar esta condición del radicalismo, pero su oportunidad se diluyó cuando Alfonsín pidió al pueblo que desalojara la Plaza de Mayo y fuera a besar a sus hijos porque la casa estaba en orden. Cuando la plaza quedó despejada, ingresaron las corporaciones que licuaron su poder mediante esa guerra civil encubierta que fue la hiperinflación.

El peronismo también fue movilizatorio bajo el liderazgo de Juan Domingo Perón, pero posteriormente quedó integrado al sistema político cartelizado bajo el menemismo. Este último no pudo convertirse en el partido buscado porque el vicario antiinflacionario se convirtió rápidamente en el verdugo antiestatal. Las clases medias, propietarias y asalariadas, que necesitan del mismo Estado al que denigran, quedaron en manos de los intereses especulativos del capital financiero.

Si la proscripción del peronismo dividió al antiperonismo por la presencia de votos sin dueños e impulsó la tendencia secesionista dentro de los partidos, actualmente la furiosa campaña mediática antikirchnerista genera votos flotantes que buscan un candidato que los lidere, porque *Clarín* y *La Nación*, como antes el ejército, no son sustituto funcional de un partido. La derecha sabe, además, que puede ganar con la prensa, pero que no podría gobernar porque su luna de miel con las clases medias duraría poco. Duhalde y De la Rúa ya sufrieron este fenómeno.

La larga ausencia de una derecha partidaria con posibilidades de imponerse en elecciones competitivas y gobernar ha conducido también a una equivalente debilidad de la izquierda para competir en el sistema político. Los sectores de la izquierda ortodoxa carecen hoy, como a lo

